

## Prólogo

En literatura como en otros campos, los árboles impiden ver el bosque.

Algunos autores ensalzados por los medios de comunicación, algunos de esos autores cuyos libros vemos apilados en primera línea de las góndolas de los grandes almacenes, dan una idea de lo que es la prosa francesa. Idea parcial, por supuesto; y más aún, incompleta. No hablaremos aquí ni de Michel Houellebecq, ni de Marc Levy, ni de Amélie Nothomb: su audiencia supera con creces las fronteras francesas.

Otros nombres figuran ya en los manuales de literatura y merecerían que nos fijásemos en sus novelas o escritos más recientes, pero afortunadamente, la fama precede y avala a Le Clézio, Modiano o Quignard. Asimismo, otros autores seguidos con fidelidad por un público atento y exigente, como Jean Échenoz o Pierre Michon, hace tiempo que dejaron de necesitar ser descubiertos. Se traducen en el mundo entero, se les dedican tesis e incluso se estudian en las universidades estadounidenses, que, quién lo ignora, son «la» referencia en la materia.

Estos pocos nombres, entre otros, muestran la vitalidad de una prosa francesa cuya muerte inminente anuncian, cuando no la entierran directamente, agoreros que lloran sobre las viejas glorias. Esa invocación de un pasado glorioso es la única concesión que acordamos a esos pesimistas.

Aun así, bien es cierto que en la escena mundial, frente a la potencia de los imaginarios ingleses, estadounidenses o asiáticos, la literatura francesa parece algo anémica. Parece replegada sobre sí misma, demasiado preocupada por su hermosa letra.

Todo ello es cierto y podríamos ser aún más severos: Francia ha abandonado su papel de gran potencia porque su lengua ha perdido el lugar que tuviera en otros tiempos, en la época de Voltaire, por ejemplo. En primer lugar, el país ya no impone; su potencia militar, política y económica es menor que antaño. Pero además, la voz de sus intelectuales tampoco alcanza la repercusión que tuvo en tiempos de Zola o de Sartre, cuando la injusticia o los estragos del colonialismo sentaban a Francia en el banquillo de los acusados. Sus autores —referencias universales— no se traducen hoy como en la época dorada de Gide y de Malraux, de Camus y de Duras. A Francia le falta una Historia, con un hacha en mayúsculas por retomar la imagen de Périclès. Cuando los campos de batalla se regaban con la sangre de los soldados, había un Céline para escribirlo; cuando Europa se rompía en España, Malraux narraba la epopeya; y la debacle tuvo como poeta a Claude Simon, con sus jinetes en desbandada. Llegó luego el estupor y el silencio que acompañaron al descubrimiento de las cámaras de gas. Surgieron textos sobre la aniquilación, pero pocos en este país que debía todavía deshacerse de sus colonias en medio del dolor y la confusión.

En nuestros días, los grandes retos no se restringen a eso que llamamos Francia y que es hoy parte de una Europa cuya voz no es siempre audible, por desgracia. La

globalización de mercancías, hombres y terror vuelven casi irrisorias las pequeñas querellas del país.

¿Significa esto que nada acontece? Sería demasiado simplista, e injusto. Francia es una potencia media y su lengua se habla en todos los continentes, que la enriquecen maltratándola, tanto por amor como por ímpetu de rebelión ante la norma. Perpetuamos, entre las fronteras y en las márgenes suizas o belgas, una tradición diversa y que enraiza tanto en la obra de Proust como en la de Beckett o Sarraute. Veinte nombres nos vienen a la mente, y en contra de lo que escribiera Todorov en su *Littérature en péril*<sup>1</sup>, donde a nadie se cita, la prosa francesa no es sólo solipsista, pese a Christine Angot; ni nihilista, como Houellebecq; ni formalista, como no sabemos quién podría serlo. Sea en la tradición del análisis o en la observación del mundo, sea confinando a la poesía o privilegiando lo documental, la prosa contemporánea es en realidad diversa, viva y cambiante. La conforman individuos diferentes, pero como dice Patrick Deville, uno de los autores más interesantes del momento, estos individuos se lanzan de vez en cuando llamadas de socorro.

La ausencia de escuela, corriente o movimiento es sin duda alguna una de las características principales de nuestra época. Comprendemos la confusión de quienes se han acercado a la literatura francesa a través de manuales que delimitaban el tiempo como perteneciente al surrealismo o al existencialismo, al movimiento de los «húsares» o al *nouveau roman*. François Bon y Éric Holder no tienen nada en común, como nada comparten

---

<sup>1</sup> *La littérature en péril*, Flammarion, colección «Café Voltaire», París, 2007.

Jean Echenoz y Pascal Quignard, ni Pierre Bergounioux y Hélène Lenoir. Ni siquiera referencias comunes, ni una biblioteca que contenga las mismas obras. Y sin embargo, estos autores, como todos los que examinaremos, pertenecen a lo que Dominique Viart, uno de los especialistas de la novela contemporánea<sup>2</sup>, llama la «literatura desconcertante», que manifiesta «al tiempo una preocupación por lo que está en juego, una conciencia crítica hacia su propio trabajo y una búsqueda en la lengua y en las formas susceptible de alcanzar significados hasta entonces demasiado lejanos».

El otro punto común entre estos escritores tiene que ver con el hecho de que sean seguidos por una editorial menos preocupada por la rentabilidad inmediata que por su reconocimiento a largo plazo. Lo que no es anodino en un «mercado» dominado por grupos que recogen «productos» tan diversos como la prensa del corazón o los libros de cocina, el tratamiento de residuos o las enciclopedias. Sellos como Éditions de Minuit, P.O.L, Verticales, L'Olivier, Stock, Fayard, o incluso Le Seuil y Gallimard se preocupan por la literatura y defienden a los escritores. Siendo exigentes, protegen a sus autores y respetan su obra; no todas las novelas son un éxito, pero es bien sabido que el verdadero escritor trabaja a partir de sus dificultades y de sus fracasos, que hay que apoyarle contra toda lógica comercial, y a veces durante largo tiempo, contra la indiferencia o la ignorancia de la crítica y del público. Esto resulta aún más evidente con editoriales «pequeñas», como Allia, Verdier, Sabine Wespieser,

---

<sup>2</sup> Véase *La littérature française au présent*, Bordas, París, 2005.

Maurice Nadeau o Viviane Hamy, que prestan su apoyo a los autores noveles que a menudo conforman su catálogo, permitiéndoles gozar de nuevas prórrogas para madurar sus obras venideras. El éxito de público y crítica de François Vallejo, publicado por Viviane Hamy, o la audiencia creciente de Michèle Lesbre en la editorial Sabine Wespieser, dan testimonio de este trabajo a largo plazo tan importante en la edición.

Nadie ignora que un paisaje no se agota al ser contemplado, y que las listas no son exhaustivas. Citar a una quincena de escritores es olvidar a otros tantos, si no más; elegir un fragmento, es restar importancia a otro. La lectura, como ha demostrado perfectamente uno de los mejores ensayos<sup>3</sup> publicado este año, es cuestión de orientación, de citas bien halladas.

Intentemos entonces mostrar un paisaje que no sea incompleto, exponer elecciones que no sean parciales, pero intentemos, sobre todo, traducir momentos que son los del júbilo o la alegría. Lo intentaremos sabiendo que comunicarlos no será fácil, pero que de conseguirlo, la comunión saldrá reforzada. No lean pues lo que sigue como una prescripción. Presten más bien atención al encanto de una conversación, cultivada y ligera, que se pretende a la vez irónica y apasionada. Aceptemos el desafío.

Juguemos al juego de la isla desierta. Sólo tienen una maleta y la posibilidad de llevar unos quince libros. Son muchos, dirán, pero nadie sabe cuán larga será la estancia. Más vale prepararse. Y no todo se puede leer de cualquier

---

<sup>3</sup> *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus?*, Pierre Bayard, Éditions de Minuit, París, 2007.

manera. Cada uno de los libros aquí recomendados, de los que leerán un fragmento, corresponden a un humor, a un estado de ánimo.

Quizás tengan ganas de olvidar el instante que están viviendo, ese exilio no necesariamente deseado. Empecemos entonces con la carcajada, con la elocuencia de Lydie Salvyre, que se ejercita con los poderosos, con quienes creen que lo son. No se salvan las «almas de buena voluntad», ni las conciencias que juegan a la denuncia de lo injusto y lo arbitrario; su carga es siempre feroz y, a menudo, divertida. Nada escapa de la forma pulida en la que todo cuanto ella quiere, cabe, con disimulo. La lengua clásica, la de Pascal especialmente, encuentra y saluda el argot de los barrios, la brutalidad del habla de los gestores. La mezcla estalla y las palabras entrechocan en frases que son sonido.

Escritor viajero, Jean Rolin posa sus maletas en París, pero conserva la mirada del eterno extranjero en su propia ciudad. Cual hurón perpetuo, Rolin encanta con un estilo erudito y desenvuelto, con palabras coloquiales o de argot escondidas en medio de una métrica digna de Proust o Chateaubriand. Su universo parece desolado; pero su estilo preciso y poético descubre toda su belleza. El plomo se vuelve oro con la sorpresa de una metáfora.

¿Partir lejos para viajar? No está tan claro. A Marilyn Desbiolles le bastó con partir a la Ariane, un desheredado barrio de Niza. Allí encontró las palabras de sus habitantes, de mujeres y de hombres procedentes del mundo entero, vecinos del lugar desde hace tanto, desde cuando a la vera de la ciudad luminosa y de su paseo de los Ingleses, este barrio era todavía un refugio, un remanso

tranquilo. La trama de sus palabras gesta un relato en el que la poesía inunda ámbitos estrictamente documentales. Nos conduce más allá de la brutalidad de los hechos. La belleza, como en el caso de Jean Rolin, nace del barro y de la oscuridad.

François Bon nos mantiene todavía en Francia, en un valle de la Lorena abandonado a su suerte tras el cierre de las últimas fábricas; abandonado antes de convertirse en una de esas zonas sin rostro sólo aptas para adiestrar perros de combate o para conseguir que los niños merodeen por calles vacías. Periodista de investigación y novelista, hombre de teatro también, el autor capta con todas las herramientas posibles el ambiente de un lugar, empezando por la observación y la escucha de quienes allí viven sin resignarse a desaparecer.

Esa forma de mirar a Francia, a esos hombres y mujeres que la pueblan, a la gente corriente, la encontramos en varios escritores aquí presentes: con Olivier Adam el escenario lo dibujan sobre todo urbanizaciones periféricas carentes de identidad; en ellas cruzamos clases medias, no lo bastante ricas como para levantar la cabeza, ni, todavía, lo suficientemente pobres como para asustarse de todo. Pero el miedo existe, el miedo de envejecer sin haber vivido, el miedo que atenaza a los adolescentes, habituales del universo de este novelista treintaño. Un estilo mesurado, atento de no decir demasiado para expresar tanto, un estilo a flor de piel, tenue como la letra de una canción de rock que traduzca la angustia de una generación en busca de referencias.

El estilo sin efectos de Olivier Adam aparece también en Éric Holder, mago capaz de construir una historia

con pompas de jabón, de pintar con cuatro letras una atmósfera, de bosquejar un retrato con apenas unas pinceladas. Como en un poema de Verlaine, todo reside en el matiz. La herida será aún más intensa, cuando llegue, por la tensión que en secreto otorga a la intriga.

La misma preocupación por el detalle trazado con mano temblorosa, por esa pequeñez que revela un todo, se consolida con Michèle Lesbre libro a libro. No obstante, en el trasfondo, no es sólo el paisaje sino la Historia, quien da cuerpo a la aventura singular. El siglo XX, con tempestades y tormentas, está presente como una sombra posada sobre los personajes de la escena. Y lo hace con discreción, con ese sentido de la elipsis y del silencio que son los únicos recursos de densidad de una existencia o de un texto.

Silencios también, y explosiones, flujo de voces que riega la prosa de Hélène Lenoir. Con sus conversaciones y sub-conversaciones, por retomar las categorías de Nathalie Sarraute, se aviva el fuego de pasiones rancias y de rencores escondidos. El día a día de la pareja, de la familia, la utopía de los amantes, nada escapa a la palabra que rodea, que azota, que hiere. Pocos estilos traducen, tan meticulosamente, el malestar que existe en cada uno de nosotros.

Con un registro completamente diferente, Brigitte Giraud narra el mismo tormento, el del amor que duele tanto como cura. También en su caso, como en los de Olivier Adam o Hélène Lenoir, poco vale mucho: pocas palabras bastan para despertar en el lector fuertes emociones. Sí, nos decimos al leer a Brigitte Giraud, ocurre así, me gusta y me disgusta cómo lo cuenta, no estoy solo y al tiempo



mi soledad de ser sin amor es terrible. Terrible y simple como sus frases encadenadas.

Quizás sea mejor reírse, pues una y otra vez tropezamos con la misma piedra. La prosa francesa, precisa e irónica, alivia a veces nuestro tormento de ser y de amar, de querer y malquerer. Tormento que la frase de Jacques Serena, hábilmente oral, juguetona con los ritmos, escenifica. El hombre descrito por el novelista se nos parece mucho: quiere ser amado, quiere amar; y lo hace mal. El estilo de Serena juega con la repetición: las mismas palabras vuelven para narrar los mismos dolores. Queremos vivir con el otro, pero muy poco basta para que todo se desmorone. La presencia de otra mujer o de otro hombre, la rutina o la incapacidad de vivir sencillamente. Terrible y divertido; quizá sea mejor reírse.

La ausencia reside también en el corazón de las novelas de Philippe Forest. Pero esta vez, es imposible sonreír. Su obra se constituye sobre un fondo negro, despertando nuestras peores inquietudes. Todo empezó con la muerte de su hija, de cuatro años, presente desde entonces a lo largo de sus páginas. El niño eterno, por retomar el título de su primera novela, acosa la existencia del padre, escritor. Una estancia en Japón, país en apariencia lejano, la lectura de un poeta o el descubrimiento de un fotógrafo que también creíamos lejano, reflejan la desgracia que todo condiciona. A la vuelta de una página, a través de un paralelismo, el luto vuelve y determina la escritura tanto como la vida, que continúa.

Y si hubiéramos de dejar la isla desierta al cabo de este largo periodo de lectura, no lo haríamos sin leer a tres jóvenes escritores. Empezando por Tanguy Viel, novelista

nutrido de imágenes cinematográficas, que utiliza los códigos y las figuras más poderosas para narrar historias de traición y fracaso, historias que desvelan a los eternos vencedores; y a los vencidos, que durante un tiempo soñaron con fortuna y alegría, y que se estrellaron luego contra la pared de la realidad más sórdida. Y esto, con un estilo potente y límpido que esconde tanto como desvela.

Hélène Frappat nos sorprende entrelazando estrategias de novela de espionaje con el reino de lo íntimo. Consigue enredarnos en el doble y turbio juego de varios personajes, en una especie de cara a cara existencial fundido con juegos de palabras y sentidos. Encontraremos así, alternativamente y en el seno de un relato-puzzle, al «yo» de una narradora cercana a la autora, a su ex marido, a dos mujeres espías y a una cleptómana muy poco razonable... Entre todos ellos se interpondrá un (necesario) «contacto», quien a todos une y observa, ¿para mover los hilos? ¿Para escribir un libro...?

Arnaud Cathrine, otro joven novelista, también letrista y guionista, congela el vértigo en una prosa densa e inquietante. Mirado por mujeres, el hombre que imagina escapar sin embargo de cualquier definición. Huir, huir siempre, dejar huellas debiles, pero huellas pese a todo: ¿acaso será también ésta la felicidad fugaz de nuestras lecturas?

Norbert Czarny

Traducción de Ariane Sagiadinos